

yor fuerza, exigida por el crecimiento de los carlistas, si así escapaba á estos alguna buena presa, aprovecharon sin embargo el intervalo causando desperfectos en la vía férrea y en el telégrafo, y aumentando su gente; pero solo estuvo suspendida poco mas de un día la persecucion, que continuó con tan buen resultado que las partidas de Amilibia é Iturbe tuvieron que pasar á Vizcaya por Marquina, y la mas numerosa de Reondo, acosada día y noche, sin poder racionarse ni reemplazar sus alpargatas, y muchos descalzos, tuvo que rendir las armas en Aranaz, pasando á Francia Reondo y los oficiales.

Desde que don Carlos se decidió por la guerra, solo pensaba en tomar parte en ella, teniendo la conviccion de que su presencia valia un ejército porque «daria aliento á los valientes, decision á los tibios y miedo á los traidores.... Cuando estemos juntos intentaremos algun disparate audaz, que nos saldrá bien sin duda, y cambiará la situacion.» Salíó el 20 de Ginebra, y á pié y casi solo penetró en España el 2 de mayo por la frontera de Ascaín, mientras Rada corria á impedirlo por la parte de Sara, á fin de evitarle los peligros que preveia; pero ni Rada que llegó hasta Cambo pudo salvar la frontera al regresar á España, ni podia encontrarse con don Carlos que se habia internado en Navarra. El mismo día de su entrada en España, publicó don Carlos en Vera una alocucion llamando á su defensa á los soldados del ejército (1), y no creyendo necesario hacer una nueva declaracion de principios, dirigió una alocucion á los españoles diciéndoles que venia á salvarlos y á devolverles el bienestar, la importancia en el mundo y la independencia nacional; que cada gota de sangre que se derramara seria una herida en su corazon; llamaba á todos los españoles, sin excepcion para que se agruparan á la bandera tradicional en la que nuestros padres habian escrito, Dios, patria y rey, uniéndose todos gritando «abajo el extranjero, y al rugido del leon español huirán espantados los instrumentos de la revolucion y los satélites de Italia. Venid todos á mí; que si venis unidos, será fácil empresa devolveros la paz, la abundancia, los fueros y la verdadera libertad á vuestro rey Carlos» (2).

El recibimiento que tuvo don Carlos en Vera pudo lisonjearle: repique de campanas, entusiastas aclamaciones, eran

(1) «Soldados: A través de cuarenta generaciones, habeis guardado como valientes y españoles, de padres á hijos, el sagrado fuego de la independencia.

Con vuestra sangre generosa habeis escrito en las páginas de la historia mil nombres heroicos desde Sagunto hasta Bailen.

Y no cabiendo en la Peninsula vuestras glorias, paseasteis la bandera española cubierta de laureles desde Otumba á Lepanto. Entonces los reyes eran capitanes, y timbre de nobleza el burdo capote del soldado. Pasaron aquellos tiempos: la revolucion, vilipendiando vuestro traje, os convirtió en mercenarios de raquíticas ambiciones. Hoy, con mengua del orgullo español, relajada la disciplina, menospreciado el mérito, premiada la traicion, y desoidos los gritos que indignados exhalan en la tumba vuestros padres, sufrís el yugo extranjero, ostentáis una bandera que no es el pendon de los héroes de dos mundos.

¡Soldados! vuestro rey legítimo os llama para volveros vuestras glorias, vuestra disciplina, vuestra honra, vuestra antigua grandeza.

La bandera que levanta mi brazo y que no rendirá mientras quede un jiron para ostentarlo, es la bandera de nuestros abuelos, la enseña de nuestra independencia y nuestras conquistas.

¡Soldados! si el extranjero os manda contra mí, y osais hacer fuego á vuestro rey, admiraré siempre vuestro valor, llorando por el honor nacional.

Siempre sereis mis hijos predilectos, y por eso os llamo, como amigos, para devolveros vuestra nobleza perdida, vuestra disciplina olvidada, vuestras glorias marchitas, vuestras merecidas recompensas, para salvar la patria con vosotros, honrándolos como los mejores, y honrándome en compartir vuestras fatigas rey y soldado, enorgulleciéndome de vestir siempre vuestro uniforme.

¡Soldados! como padre os llamo: venid todos por Dios, por la patria y por vuestro rey Carlos.»

(2) No habiéndose tenido noticia en Madrid con antelacion de las anteriores proclamas, se imprimieron otras dirigidas á los españoles, soldados y marinos, que se enviaron á los periódicos y estas las difundieron. Son notables por lo bien escritas, pero apócrifas, y las han admitido como auténticas casi todos los que de estos sucesos se han ocupado, no con mucha exactitud y demasiado ligeramente.»

Historia Contemporánea, etc.

bastantes no solo para dejar satisfecho á cualquier caudillo, sino para enloquecer á un jóven que representaba por primera vez el papel de rey entre sus súbditos. En su marcha al valle de la Ulzama recibió una verdadera ovacion: de todos los pueblos acudian á conocerle, y asombrados de su arrogante presencia, le victoreaban con efusion verdadera.

Uniéndose á don Carlos los carlistas navarros y dirigiéndose todos al valle de la Ulzama, ordenó Serrano á Moriones que les persiguiera, colocó á Letona en Lecumberri para cortar el paso á Guipúzcoa, y él con la division Acosta se situó en Irurzun para que no pudieran ir los enemigos á las Amezcoas. Sabedor Carasa de los movimientos de los liberales, y especialmente de lo cerca que le perseguia Moriones que ya se habia apoderado de las raciones preparadas en Madoz y avanzaba por la parte de Oroquieta, marchó hácia Leiza. Al saber entraba en este pueblo una columna liberal, dieron media vuelta los carlistas, volvieron á pasar por Erasun, tomaron el monte situado á la izquierda, y cuando la cabeza de la columna llegó á lo alto, empezó á correr la voz de que allí estaba don Carlos. Estaba en efecto con Arjona, los hermanos Villares, los Albalat, Calderon, Villadarias y varios otros, guiando don Juan Bautista Aguirre las fuerzas que le acompañaban. Preguntó don Carlos por el estado y situacion de las demás fuerzas, manifestándose satisfecho del movimiento por las suyas efectuado, y al contestarle Aguado, mensajero de Carasa, que don Carlos estaba allí vendido por rodearle cinco columnas enemigas, se indignaron Arjona y Aguirre. Se desvaneció algun tanto, sin embargo, la confianza que habia, ordenó don Carlos que Carasa se le uniese, y las fuerzas de este volvieron á contramarchar, no obstante lo fatigadas que estaban por la larga jornada de aquel día —3 de mayo,—llegando á las ocho y media de la noche á Labáyen á pesar de haber dicho á Carasa de orden de don Carlos, su capellan Aldaz, que con sus fuerzas habia ido á pernoctar al pueblo de Urroz de Santisteban distante una legua de Labáyen, que Moriones se alojaba en un pueblo inmediato. A media noche fué Carasa á Urroz, conferenció largamente con don Carlos, se les unieron en la madrugada las fuerzas del primero guiadas por Iturmendi, y unidas todas emprendieron la marcha por el monte, en cuyo alto descansaron, se dió á conocer don Carlos, entregándose una peseta á la clase de tropa, comió aquel señor la mitad de una magra que le dió Pérula, y prosiguieron hácia Oroquieta, donde llegaron al medio día, alojándose don Carlos con su Estado Mayor en casa del Abad, y Carasa con el suyo en la inmediata. Ollo y Aguirre con su gente siguieron á Elizaburu, tres cuartos de legua. En Oroquieta quedaron unos 400 hombres mal armados y sobre 1,000 desarmados. En la marcha á Oroquieta obligó el hambre á degollar unas reses que encontraron en el camino.

Al salir Moriones el 3 de Lecumberri, donde dejó todo el bagaje, reduciendo á lo mas necesario su repuesto de municiones, fue por Léiza, atravesando montes, á Ezcurra, y de allí á Erásun, alcanzando á ver la retaguardia de los carlistas, que se retiraban por las alturas de la izquierda. En la madrugada del 4 y por cuevas pedregosas marchó á Saldias: el cielo estaba despejado y el sol calentaba; la tropa iba sedienta y agradeció mucho la caridad de las mujeres de este pueblo, que colocadas con herradas de agua al lado del camino, ofrecian este refresco. Supo Moriones en Labáyen que sus enemigos le llevaban dos horas de ventaja, é iba con ellos don Carlos; noticia que le sorprendió en extremo. A las diez y media, aprehendieron los soldados en las Tejerías de Urroz, cinco reses vivas, pan y vino, que iba para los carlistas, y en el acto se distribuyó con gran contentamiento de todos. A las doce se continuó la jornada, buscando los carabineros la pista del enemigo en el césped de la montaña.

Moriones habia formado un completo semicírculo, cuyo centro era Oroquieta; mas no sabia el jefe liberal, que allí se hubiese dirigido don Carlos. Habiale perdido la pista al entrar en un áspero camino de pico de roca, sin saber cuál tomar, porque el que llevaba bifurcaba con otros. Tenia la conviccion de que el enemigo estaba cerca, pero ignoraba hácia donde, y no podia decidirse á tomar una direccion que fuera opuesta á su objetivo. Unos pastores que le deparó la fortuna,

si bien negaron al principio haber visto á los carlistas, atemorizados por el peligro al mandar se les fusilara, dijeron el tiempo que hacia que pasaron, y el camino que llevaban, que era el de Oroquieta, pequeño lugar de unas 140 almas, en el valle de Basaburua Mayor. Esparcido su caserío, el principal grupo de viviendas estaba situado en la meseta de un cerro ó altito dominado por varias alturas.

Rendidos, descalzos, hambrientos y en deplorables condiciones materiales, habian llegado los carlistas á Oroquieta. Hubo quienes consideraron gran fortuna comer algun salvado, que probablemente estaria destinado para los puercos. Fue causa esta escasez de no pocos desórdenes, que obligaron á que este mismo día 4 se diera una orden general, en la que despues de manifestarse don Carlos satisfecho del espíritu y decision de sus voluntarios, «veia con disgusto que se habian cometido algunos actos de violencia, cuya repeticion deshonraria la grandeza de su causa; y á partir de aquella fecha, serian tratados con el rigor de la ordenanza los que se olvidaran de sus deberes.»

Seguro Moriones de su presa, atravesó soberbios bosques de hayas, y á las tres pasaba el puente de Elizaburu ó de Donamaria, bajando por pendientes rapidísimas, resbalando caballos, cayendo hombres y cañones, siguiendo así hasta encontrar el río, por un desfiladero que la proximidad de los carlistas hacia peligroso. Estos cometieron la insigne torpeza de abandonar un punto tan estratégico. Llevaba Moriones seis batallones, un escuadron y una batería de montaña; distribuyó estas fuerzas en tres columnas y siguieron adelante.

Dos horas antes celebró don Carlos consejo, que se efectuó en el largo y ancho balcón del real alojamiento, dándose en él lectura de una comunicacion cogida á los liberales, en la cual decia Letona á Moriones que Serrano sabia aquel día de Irurzun para Lecumberri á fin de encontrarse con Moriones. A su virtud opinaron Aguado é Iturmendi, que debia emprenderse la marcha inmediatamente hácia Val de Echauri; se desechó esta opinion toda vez que para seguirla habia que atravesar la carretera, por la que segun el oficio debia ir el general Serrano á Lecumberri; nada se acordó en definitiva y terminada la reunion, bajó don Carlos á la plaza, paseándose y contemplando satisfecho á los voluntarios.

Todos estaban tan confiados y con tan poca prevision, que ni aun vigilancia tenian en el desfiladero antes referido, próximo al pueblo, que á haber estado medianamente defendido, aun por poca gente, hubiera costado mucha sangre el ganarle. Ni aun en las afueras del pueblo habia guardia; así que, en cuanto vieron, ya próximas, las tropas de Moriones, se produjo una gran confusion y un verdadero barullo; se gritó, á ellos; quedó don Carlos con Calderon, Villadarias (don Diego) y Arjona, corrió Pérula por la derecha, don Jerónimo García por la izquierda, y Aguado con un baston por el centro, llevando cada uno la gente que pudo reunir, que serian en junto unos 400 hombres, y resistieron con bizarría por espacio de hora y media sin abandonar sus posiciones. En la plaza del pueblo, en tanto, reinaba la confusion, gritando unos, á las casas, otros, al monte, y como allí estaban todos desarmados, el camino mas fácil era el de este último, y á la huida apelaron todos, incluso los que resistieron, abrumados por la superioridad del enemigo, corriendo todos sin previo acuerdo ni orden alguna.

Penetran en el pueblo las tropas que guiaban Navascués y Catalan; Provedo y Reina dirigieron los disparos de la artillería contra las casas, colocando las piezas á cien metros de ellas, y habiendo acudido las fuerzas de Ollo y Aguirre procedentes de Elizaburu, reanudaron el combate. Comprendió Moriones la necesidad de apoderarse instantáneamente de todas las casas del pueblo, distribuyó su tropa para asaltarlas y proteger la operacion, y llegado el momento oportuno despues de disparar la artillería algunas granadas, hizo la señal convenida, y á los pocos minutos era dueño de las casas y de sus defensores que quedaron prisioneros. La mayor parte de las casas las ocuparon carlistas desarmados, y solo hicieron algunos disparos, excepto en una ó dos que resistieron algo mas, por haber mas armados.

TOMO VI

Ambos contendientes contaron muertos y heridos, y los carlistas mas de 700 prisioneros.

Con mas vigilancia, subordinacion y orden en las huestes de don Carlos, casi todos pudieran haber escapado, como lo ejecutaron la mayor parte de los que hicieron fuego, al acabárseles las municiones. La sorpresa fué evidente y completa: si el primer grito hubiera sido *á salir por el otro lado*, con orden lo hubieran efectuado todos, porque nunca estuvieron cercados; á estarlo, habrian sido copados, incluso don Carlos, y nada mas fácil que cercar un pueblo como el de Oroquieta y sorprendiendo á sus pobladores. Esta fué la gran falta que se cometió: allí pudo quedar don Carlos prisionero, y concluida la guerra con su prision. El desastre, sin embargo, de los carlistas, fué completo, la dispersion desordenada. Don Carlos se retiró con Arjona, el cura Azpiroz y un guia, sin querer mas acompañantes, y trepando breñas, por caminos de contrabandistas, y pisando las nieves de mayo en los Alduides, ganó la frontera al día siguiente.

Tal es la verdad del hecho de Oroquieta, sobre el que nos hemos permitido algunos detalles. Si el general Zavala se apresuró á dar á Moriones el entorchado de teniente general, fué, cual lo dijo, como estímulo para mayores hechos, y garantía de que nada importaban las inclinaciones políticas; por lo demás, y en vida de Moriones lo dijimos, no podia vanagloriarse del triunfo de Oroquieta, ni de los peligros que hubiese podido correr, bajo el punto de vista militar, ni podia creer que una accion en que sus tropas tuvieron unos siete heridos y veinte contusos, fuera bastante para ganar una faja de general. En otros pequeños ascensos oyó mas balas que en Oroquieta; y en no pocas ocasiones habia sabido mostrar los especiales conocimientos militares que le distinguian: su valor, siempre.

Esta rota, de importantes consecuencias para la causa liberal, fué un gran desastre para los carlistas; pero *no importa*, dijeron; recordaron otros parecidos en la anterior guerra, y especialmente la derrota en los Arcos, que costó la vida á don Santos Ladron (1); y si entonces clamaron venganza, ahora gritaron, *adelante*, y adelante fueron.

CAPITULO V

Los carlistas en Navarra y en las Provincias Vascongadas.—Convenio de Amorevieta.—Cataluña.—Fueros catalanes.—Maestrazgo y otros puntos.

Como no estaban en Oroquieta todos los carlistas navarros, aquel mismo día 4 pernoctó Argonz con sus fuerzas en Beiraunza, no lejos Ollo y Aguirre con las suyas, procurándose la reunion de todas, incluso las de Pérula, que salieron á la madrugada de Oleoz, incorporándose con Carasa, que asumia el mando superior. Efectuaron una marcha estratégica huyendo del enemigo que les perseguia de cerca, y en Valle de Echauri tuvieron una gran desercion, tirando unos las armas al río y dejándolas otros en sus alojamientos; aumentó la desercion al día siguiente, efectuándose además una impo-nente insubordinacion que contuvo Carasa con una arenga. Siguiendo su marcha, se atrevió Pérula con una compañía y varios caballos á entrar en Puente la Reina para sacar raciones, increpó duramente á los mozos del pueblo por haber sido los primeros desertores carlistas, le aclamaron y le siguieron algunos, no muchos. En Ucar se encontraron los carlistas con fuerzas liberales, que, al quién vive, disparó el centinela, dispersáronse los primeros, tiraron muchos los fusiles y se apoderó tal pánico por el ruido que produjo el choque entre sí de los instrumentos de música que conducia un mulo y al trotar, abandonado, llevaba el terror en pos de sí, que desaparecieron no pocos carlistas. Hubo despues algun pequeño tiroteo en Unzué, no experimentaron bajas los carlistas ni se vieron perseguidos; en Lerga hubo algun desorden porque cuatro ó seis, incluso Lizárraga, se disputaban la jefatura, y el único que tenia autoridad para ejercerla era Itur-

(1) Véase *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, 2.ª edicion, por D. A. Pirla, tomo 1.º, pág. 179.

mendi; dejaba además mucho que desear la moral de aquella gente, rendida de fatiga, sin raciones y sin Carasa su jefe, cuya desaparición nadie se explicaba; se veía una dispersión inminente, que si no sucedió fué porque la mayor parte de los voluntarios eran de la Solana y tierra de Estella, lejos de donde se encontraban, pues si no, hubiera sucedido lo que en Lumbier y Aibar con las fuerzas de Peralta, Oscariz y Radica, que se quedaron solos despues de haber tirado sus soldados el armamento que tanto dinero había costado; Pérula, despues de haber pasado el Arga, se encontró á Carasa en Nazar, valle de Berrueza, donde se hallaban los alaveses con Velasco, que volvió con ellos á Alava y Carasa y Pérula con su respectiva gente á San Vicente de Arana, donde se reunieron nuevamente con las gentes de García y Argonz, ya muy escasas por las deserciones; reprodujéronse las disensiones entre los jefes, y estuvieron todos vivaqueando algunos días por los montes, burlando como acostumbraban, á fuerza de astucia y trabajo, la persecución que se les hacía, y hasta atreviéndose Pérula á penetrar en poblaciones como Mendavia, Sesma y Lerin, donde cogió los caballos de los coches de Estella y de Calahorra.

Menos afortunado Carasa, tuvo un encuentro en la sierra de Urbasa con una columna liberal, produciendo el choque de ambas lo espeso de la niebla que mutuamente las ocultaba: funesto encuentro para los carlistas que ocasionó la muerte de García y la dispersión de las fuerzas de Carasa.

Marchando Pérula de Olejua á Añein, encontró algunos grupos, desesperados, maldiciendo de los jefes, y prorumpiendo los restos de las fuerzas que bajaban del valle de Lana, en amenazas y gritos contra Carasa, Lizárraga y Argonz, porque los mandaron al valle despues del ataque, y ellos, sin bajar del puerto, marcharon á Francia. Arengó Pérula á aquellos restos, renació por el momento la calma, pero en breve empezó la insubordinación, hasta que vió caer muerto de un tiro á uno de los guardias civiles, que entró de Francia, y era de los que mejor comportamiento habían tenido antes: impuso algo este castigo, llegó la noche, y cada cual marchó á ocultarse, terminando de esta manera el movimiento en Navarra. Movimiento cuyo éxito consideraba Rada seguro «si se hubiesen cumplido la cuarta parte de los compromisos contraídos por los elementos del ejército... ¿Seré yo acaso responsable, decía en un escrito que publicó á los pocos días, de que entre tantos jefes y oficiales que tenían dada su palabra de honor de adherirse á la causa del rey, no haya habido uno que lo haya verificado, siendo acaso los primeros en atacar á los que, indefensos y llenos de buena fe, los esperaban confiados en el cumplimiento de tan sagrado compromiso?... ¡No era posible creerlo: como tampoco debía creerse que muchos jefes carlistas en quienes el rey había depositado su confianza, se hubiesen hecho prender en los momentos en que debieron obrar!!!... La guarnición de Pamplona, en cuya adhesión tanta confianza se tenía, no dió ningun resultado á nuestro favor. Las de Vitoria y Bilbao, que tanto habían ofrecido, tampoco hicieron nada. La provincia de Guipúzcoa, que contaba con mayores y mejores elementos que ninguna otra de sus hermanas, permaneció quieta en la mayor parte de sus distritos. El armamento distribuido en Navarra estaba en bastante mal estado: era de diferentes sistemas y calibres y la mayor parte de las municiones se encontraban inservibles. No se había entregado á los voluntarios ni un solo céntimo desde que salieron de sus casas, y acorraladas nuestras fuerzas en los pueblos situados en lo mas elevado de la sierra y circunvaladas por columnas enemigas, principiaban á escasear los víveres...»

Al verificarse en Vizcaya el alzamiento carlista, mejor preparado que llevado á efecto, no olvidaron sus fueros, y el 1.º de mayo, so el árbol de Guernica, al frente de unos 4,000 hombres, se manifestó el objeto del alzamiento, se proclamaron diputados á guerra, corregidor y consultores y les vitorearon, á don Carlos, á la religion, á España y á los fueros.

Como una gran parte de los curas era la que parecía tener la misión de sostener el espíritu carlista ó insurrecto, predisponían á sus feligreses contra las tropas, á las que achacaban

desde el púlpito el robo y destrucción de los templos, que atropellaban á las mujeres, inmolaban á los ancianos y á los niños, y presentándolas como legiones de condenados, despertaban en aquellas gentes sencillas el terror, la aversión y el odio. Así que, al llegar Serrano á Durango le encontró desierto, cerradas las casas y dentro los pocos habitantes que no habían podido huir: mandó el duque abrir algunas tiendas, y al verse el comportamiento de las tropas, todos los moradores acudieron á vender á buen precio cuantos comestibles tenían, y á contemplar á los *judíos* y *herejes* que los curas les habían dicho eran el azote de la humanidad. Con menos fanatismo los carlistas habrían comprendido mejor sus intereses convenciéndose del engaño. Confiaban, sin embargo, en la victoria, y los lisonjeó encerrando en Arrigorriaga á unos 1,000 hombres con quienes se tirotearon, y les tuvieron sitiados toda la noche, hasta que acudió en su auxilio una columna de Bilbao.

Al penetrar en Vizcaya el grueso del ejército, habían ido retirándose los carlistas, guareciéndose en las excelentes posiciones con que el terreno brinda en muchos puntos. Es una de las mas difíciles, si no inexpugnable, la que forman las escarpadas peñas de Mañaria, desde cuyas vertientes pretendieron impedir el paso á la división Letona, que salió de Durango para Dima, y tenía que faldear aquellos escabrosos peñascos, cuyas entrañas contienen plomo sulfurado y forman sus faldas canteras de mármol. Aun cuando no estaban armados todos los carlistas y tenían pocas municiones, no podía ser mas ventajosa su posición y los puntos que ocupaban, cuya defensa permitía hacerla con piedras; así que al acercarse los liberales, rompieron el fuego sus enemigos, empuñó el ataque produciendo la resistencia valeroso bregar, y bravamente acometidos los carlistas de frente y flanqueados por lo alto de la montaña, aun hubieran resistido mas de lo que resistieron, á no faltarles las municiones y á haber habido mas unidad en el mando y mas instrucción y calma en aquellas masas, pudiendo convencerse de que no bastaba el valor y arrojo personal cuando no se subordinaba á las reglas y á la obediencia. Se batieron bien los carlistas, pero á las dos horas de empezado el combate fueron desalojados de posiciones cuya conquista debió haber costado muchas mas horas y no poca sangre; y tan desordenada fué la retirada, que la convirtieron en verdadera dispersión arrojando muchos las armas. 200 carlistas bastaban en la primera guerra civil para cerrar el difícil paso de Mañaria á un ejército.

Unos y otros combatientes experimentaron bajas de muertos y heridos, haciéndose algunos prisioneros á los carlistas. Estos marcharon al día siguiente á Ceanuri, donde estaban las demás fuerzas y la diputación. El duque de la Torre, en tanto, procuraba en Zornoza terminar la guerra por un convenio.

Corriéronse á Guipúzcoa los carlistas vizcainos y cerca de Oñate, en el barrio de Garibay, procuraron cerrar el paso de una columna liberal con cuya vanguardia empezaron á tirotearse; fué formalizándose el combate, abrumaba la superioridad numérica de los carlistas, que atacaban además impetuosamente, tuvo que ordenar García, jefe del batallón de Mendigorria, que sostenía el combate, la retirada, que efectuó con bizarra serenidad, aun cuando las guerrillas se dispersaron al sufrir algunas descargas á quemarropa, mas como el batallón seguía retirándose en perfecto orden de formación y con paso ordinario, hubieron de rehacerse y repitieron la acometida en el momento que de algun caserío hacían fuego. Cuanto mayor era el empeño de los carlistas en atacar á sus contrarios, se aumentaba la serenidad de los valientes de Mendigorria, que resistieron hasta llegar á las casas de la plaza principal de la villa, en las que se acogieron ordenadamente. Satisfechos los carlistas con haber encerrado así á los liberales, dejaron de hostilizarlos é hicieron alarde de sus fuerzas presentándolas por todas las cordilleras, circunvalando la villa, de la que ocupaba Mendigorria un escaso recinto. Viendo los carlistas al cabo de dos horas que nadie les molestaba y no atreviéndose tampoco á atacar á Oñate, significaron algunos movimientos, siendo el mas pronunciado el

de unos 2,000 hombres hacía Legazpia, donde se racionaron y sacaron carros para conducir heridos. Se apoderaron de unos 50 prisioneros liberales y de algunos heridos. Hubo algunos muertos, y falleció á los pocos días, de resultas de la herida que recibió, el comandante general de los carlistas, señor Ulibarri, cuya pérdida les fué sensible por ser el jefe de mas nombradía con que contaban.

Nos lisonjea consignar que en uno y otro campo se ejecutaron actos de tan noble generosidad y de humanidad tan levantada que mitigaron la barbarie del hecho con la dignidad de los sentimientos. Peleaban todos como encarnizados enemigos, y se auxiliaban mutuamente, algunos, como amantes hermanos.

Mendigorría se batió bien, pero su jefe, inspirándose en su bizzaría, fué mas allá de la orden recibida, limitada á perseguir y batir á las fuerzas de Ayastuy, que, desorganizadas por la muerte de este, á consecuencia de la acción de Mañaria, penetraron en Guipúzcoa antes que las demás de Vizcaya, perseguidas por el general en jefe. En cuanto Acosta llegó á Oñate, desaparecieron de aquellas inmediaciones todos los carlistas, que desconfiaban mucho de su fuerza al no intentar atacar á Vergara, defendida por cuatro compañías de Luchana y una de carabineros.

Había comenzado á introducirse en los carlistas el germen de desunión que originó el convenio de Amorevieta. Precisaba dar sucesor á Ulibarri, puesto que no estaba nombrado su segundo ni había Capitan general en el distrito. Algunos jefes y oficiales se empeñaron en que tomara el mando el marqués de Valde-Espina, mas se opuso la diputación, haciendo algunos diputados alusión á que no ejercía cargo alguno, lo cual, y el propósito del marqués de servir de simple soldado, le indujo á retirarse. Reuniéronse los jefes de batallón sobre el campo con la diputación, se convino al fin en dar interinamente el mando de las tropas al marqués, condescendiendo este, aunque comprendía que por tal medio conseguía la diputación ser de hecho en aquel día, comandante general de las fuerzas de Vizcaya. Marchó la corporación foral á Araoz con algunos batallones, encargando al marqués fuera con ellos, y los otros se dirigieron á Segura y Legazpia, uniéndoseles Carasa con sus navarros, cuyos jefes celebraron el 17 de mayo una junta con la diputación, bajo la presidencia del corregidor Arguinzoniz, asistiendo tambien Valde-Espina, y se redactó un acta tan ridícula, que ni los navarros, ni Valde-Espina quisieron firmar. Carasa pretendió en esta junta que el marqués tomara el mando; se opuso á ello terminantemente Arguinzoniz, pretextando que el fuero daba el mando á la diputación, olvidando ó queriendo olvidar que le había ejercido Ulibarri; pero, como dice Valde-Espina, «lo que realmente quería la diputación era que yo no tomase el mando, porque los individuos que la componían, de origen liberal, fueristas y accidentalmente carlistas, no podían avenirse con quien ha sido siempre y constantemente realista puro. Mi posición y el deseo de evitar conflictos me obligaron á decir á la diputación que comprendía les servía de estorbo, y que herido en mi dignidad me retiraba. Así lo hubiera verificado si muchos jefes, oficiales y sacerdotes, no me hubieran rogado no lo hiciese, porque perjudicaría á la causa. El que mayor empeño mostró para que me quedara, fué don Leon Iriarte, á cuyas súplicas accedí, declarando que no seguiría al cuartel general representado por la diputación, y solo marcharía con su batallón de simple soldado, como así lo he cumplido (1).»

En la noche del 17 hicieron los carlistas una marcha disparatada, sin orden ni confidencias, y por falta de estas, al llegar á Leniz tuvieron que contramarchar por los montes de Arlaban, Elguea y Villarreal de Alava, llegando á Ochandiano y la diputación á Ubidea; obligándoles la presencia de los liberales á volver á marchar hasta Ceanuri, donde pernoctaron despues de 28 horas de marcha por malos terrenos, sufriendo abundantes lluvias. En este pueblo se presentaron los tesoreros de la diputación señores Sierra y Urzaburu, diciendo que se estaba en una situación peligrosa, porque en Navarra había

(1) Memoria escrita por el marqués de Valde-Espina, por encargo de don Carlos, cuyo original obra en nuestro poder.

fracasado el movimiento, en Guipúzcoa como si no existiera, porque Recondo se había ocultado entregado su gente; que no se tenía noticia de don Carlos, y sola Vizcaya no podía sostener el empuje del enemigo; que había hablado con los compañeros y la diputación, y creían que se estaba en el caso de hacer una honrosa transacción con Serrano. Al oír esto Iriarte les llamó traidores y los llenó de improperios.

El duque de la Torre se dirigió por Mondragon á Arechavaleta, entablando ó prosiguiendo las negociaciones de paz; Moriones llegaba á Alsásua en persecución de los carlistas que en aquellas sinuosidades procuraban eludir la activa persecución que el jefe liberal les hacía, y Letona seguía operando en Vizcaya, donde disminuía visiblemente la importancia que en un principio tuvo el levantamiento, al que tantos contribuyeron y acudieron de buena voluntad y con mala razón, si bien no todos eran voluntarios. El entusiasmo del primer día fué decayendo. Los jefes liberales hallaban expedito el camino de su marcha: el carlismo en armas se desmoronaba (2). Podía irse sosteniendo la guerra, se habrían ido procurando armas, y se indemnizarían en unos puntos de las derrotas sufridas en otros; pero no faltaban quienes recordando lo que el país sufrió en la lucha de los siete años, temían ver reproducidos aquellos horrores, tanta desolación y tanta ruina. Se tenía la guerra, y ningun carlista, sin embargo, tomó la iniciativa para la paz, aun cuando la diputación foral á guerra, de conformidad con algunos jefes de batallón, y con objeto de evitar una larga guerra civil y la ruina del país, tenía redactadas algunas condiciones bajo las cuales trataba de hacer la entrega de las fuerzas.

Alojado el duque de la Torre en Elorrio en la casa de don José Niceto de Urquiza, cautivado con el buen juicio é ilustración de este señor, cuyo hermano estaba con los carlistas, le dijo: «¿Quiere V. decir á su hermano que vengo en son de paz, que deseo nos entendamos para devolver su tranquila felicidad á estos pueblos...? Si fuera posible que ustedes triunfaran despues de grandes desastres, comprendería su empeño; pero como esto es imposible, sostendremos la guerra civil; durará mas ó menos tiempo; ustedes serán vencidos y el país devastado.»—«Antes de acometer la empresa, contestó Urquiza, he sido llamado por don Carlos, diciéndome que de lo que se trataba era de un paseo militar; rogúele me dijera los medios con que contaba, me los manifestó, y no tuve inconveniente en decirle que la mayor parte de esos medios no se realizarían; que yo, que era partidario de la causa carlista, no lo era hasta el punto de querer para mi país la guerra civil, y que me oponía á la empresa, por descabellada, y de ninguna manera tomaría parte en ella. De regreso á mi casa hablé con mi hermano, el cual me dió á entender que tenía contraído el compromiso, al que no faltaría, aunque él solo se levantara.»

Al referir el duque esta conversación dijo que ofreció el señor Urquiza procurar disuadir á su hermano, mas el señor Urquiza, bajo su firma, negó que se encargara de semejante comision; de todos modos, sabedora la diputación de la ante-

(2) Nada mas gráfico que los siguientes párrafos de una carta de un carlista vizcaino, que hacen la historia de casi todas las partidas que se levantaron.—«El día 20 por la noche huyeron de este campamento de Ereño, los titulados jefes Canalaeverría y Solís—ambos presbíteros,—Urraza, síndico del ayuntamiento de Guernica, F. Zubiaga, y.... etc. El 21 por la mañana se presentó entre nosotros—que éramos unos 400—Amezti el de Guernica, y nos intimó á que le siguiéramos, á lo cual accedimos 180 próximamente, pues los restantes prefirieron dirigirse hácia Isparter con Charroaldo. Puestos en marcha para la capital foral, se nos agregaron en el viaje algunos *chapelzuris*, que traían un preso desde Zumaya á Deva, y llegamos á las tres de la tarde á Guernica. Aquí pensábamos permanecer (en Guernica) comiendo raciones, porque si nuestros cobardes jefes sirven poco para la guerra, nosotros, la verdad sea dicha, valemos lo que ellos; pero á cosa de las cinco, divisamos algunos soldados en los montes de Mendata, y esto bastó para que, á excepcion de unos 70, los demás tiraran las armas y huyeran á la desbandada, juntamente con los vecinos que temen ser castigados por las culpas que V. sabe. Las armas de los prófugos se han recogido y guardado en la casa consistorial, y supongo que el alcalde lo habrá participado á las autoridades.—Creo que ahora tendré ocasion de regresar á mi casa, de donde la fuerza armada me obligó á salir, y aun abrigo la confianza de que toda esta partida de Amezti se desbandará conmigo antes de llegar á Arregoitia ó Munguia.»